

“LA FLECHA DE LA PALABRA DA EN EL BLANCO” ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA “SACRAMENTALIDAD” DE LA PALABRA

Introducción

Podríamos definir al monje como al hombre que está a la escucha de la Palabra de Dios; según la *Regla Benedictina* (RB) el monje se “hace” monje por estar pendiente de Dios, de ese Dios que está presente siempre y en todo lugar (RB XIX)⁵⁴; El todo lo ve y nos llama a habitar en su casa (VII,41-43; 70-73 y 87), nos invita con su Palabra (Prol. 49); por eso la primera palabra de la Regla es una admonición a escuchar y a obedecer (*oboedire-obaudire*), “porque ¿qué página, o sentencia de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento no es rectísima norma de vida humana? (LXXIII)”. De ahí brota el silencio que el monje debe amar para estar siempre listo y atento a seguir esa Palabra, por el camino de la humildad, en seguimiento de la voz de Cristo que nos llama a su Reino (Prol. 7-8).

Justamente por eso se tenía en gran estima, en el monacato antiguo, ¡y es de esperar que también en el nuestro! la Sagrada Escritura; de ahí el empeño que se ponía en aprenderla de memoria y en repetir continuamente lo aprendido, haciéndola así “palabra de vida” al vivir de, y por la Palabra⁵⁵.

Si a ningún cristiano pueden dejar indiferente los esfuerzos actuales por definir, o mejor redescubrir, la “sacramentalidad” de la Palabra, con mayor razón a los monjes. Dichos esfuerzos son fruto de los movimientos bíblico, patristico y litúrgico y se hallan cristalizados en los diversos documentos del Vaticano II⁵⁶.

La Palabra en la liturgia

Estos esfuerzos se refieren a un ámbito bien concreto, que por otra parte es el terreno natural de la Palabra de Dios, es decir el ámbito de la liturgia y la predicación, ya que la Biblia nació de la liturgia y la predicación y en ella se actualiza⁵⁷.

Es evidente que al hablar de “sacramentalidad” de la Palabra se usa una analogía, pero ello no debe llevarnos a comparaciones de valor entre Palabra y Sacramento. La Iglesia vive de ambos, es simplemente Iglesia de la Palabra y de los Sacramentos, Palabra y Sacramentos no son dos modos mutuamente excluyentes del actuar de Dios; hay que decir, más bien, que el actuar de Dios por su Palabra culmina en el Sacramento, en cuya realización es esencial la Palabra. Pero el actuar “gracioso” de Dios en Cristo no está circunscrito a los Sacramentos, sino que se realiza también en palabras “extrasacramentales”⁵⁸. Palabra de Dios y Sacramentos son dos realidades inseparables que se completan mutuamente⁵⁹, a tal punto que se llega a afirmar:

⁵⁴ Capítulo y versículo según C. BUTLER, *S. Benedicti Regula Monasteriorum*, Friburgo de Br. 1935³.

⁵⁵ H. BACHT, *Pakhôme et ses disciples*, en *Théologie de la Vie Monastique*, Paris 1961, 44-45.

⁵⁶ Desde un p. de v. sintético son útiles las siguientes obras: O. SEMMELROTH, *La Palabra eficaz*, San Sebastián 1967; H. VOLK, *Theologische Grundlagen der Liturgie*, Maguncia 1965, K. RAHNER, *Die Grundfunktionen der Kirche*, en HPTH I, Friburgo de Br. 1964, 216-229. Para el Vaticano II, cf. *S. Concilium* 6, 7, 33, 35, 36; *L. Gentium* 20, 25, 26, 28, 37, 42; *Ch. Dominus* 11-14; 15, 30; *Pr. Ordinis* 4; *G. et Spes* 38.

⁵⁷ L. BOUYER, *Introducción a la vida espiritual*, Barcelona 1965, 43-73. P. v. IMSCHOOT, *Théologie de l'Ancien Testament I*, Paris 1954, 200-207.

⁵⁸ Por “palabras extrasacramentales”, entendemos fundamentalmente la Sagrada Escritura.

⁵⁹ K. RAHNER, *o. c.*, 219-222. H. VOLK, *Wort Gottes, Gabe und Aurgabe*, en *Gesammelte Schriften II*, Maguncia 1966, 89-100, cf. 94.

“que Cristo actúa ‘ex opere operato’, de diversos modos y con eficacia desigual, en los sacramentos en sentido estricto, y en el gran y universal ‘sacramento’ que es la Palabra de Dios”⁶⁰.

Misterio o sacramento

Para entender por qué se habla de “sacramentalidad de la Palabra” hay que recurrir al concepto de sacramento o misterio en la Sagrada Escritura y en los Padres, concepto que vuelve a utilizarse en la teología actual y en el Magisterio, así por ejemplo en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia:

“La santa Madre Iglesia... desarrolla a lo largo del año litúrgico el MISTERIO de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la dichosa esperanza y venida del Señor”⁶¹.

La palabra “misterio” tiene aquí un doble aspecto: es un misterio que, por una parte, se realiza en la acción litúrgica y que, por otra, es creído por los que en ella participan⁶². En el primer sentido lo entendían los Padres de la Iglesia, para quienes misterio es la manifestación de una realidad salvífica, en o bajo un signo sensible; en este sentido son “misterio” el mismo Cristo (como sacramento primordial), la Sagrada Escritura, la Iglesia, como también los ritos litúrgicos. Este uso deriva de san Pablo, para quien misterio señala, generalmente, el designio salvador del Padre, establecido desde la eternidad, que Él ha realizado por la Encarnación de su Hijo y la misión del Espíritu Santo, llegando a su acabamiento en la comunidad eclesial, órgano de comunión con las tres divinas personas. Así, según los Padres, que en esto se basan en Pablo, la Iglesia se une al misterio fundamental de la Santísima Trinidad como a su fuente viva y permanente. Para nuestros propósitos esto equivale a decir que es la obra de Cristo, realizada mediante Palabra y Sacramento, y actualizada en la liturgia por el Espíritu, lo que aquí se llama “Sacramento” o “Misterio”⁶³.

La Palabra

Para nosotros occidentales, herederos de la cultura griega, hablar de “palabra” es pensar en algo eminentemente estático, representativo y conceptual, que nos suministra una información o un concepto; al hablar de palabra “sacramental” hay que tener en cuenta el concepto bíblico de *dabar-lógos*, como una palabra eficaz, una palabra que hace lo que dice, la palabra en la Sagrada Escritura es más realización que mera locución, en sentido occidental. La palabra divina es mucho más que la comunicación a los hombres de “cosas” hasta entonces ignoradas, y la predicación de los Apóstoles, como la actualización de dicha Palabra, hoy, en la Iglesia, es mucho más que la reproducción de una información recibida del Señor. Ella, la Palabra, contiene y entrega el don de Dios (*Mt* 10,13 ss.)⁶⁴.

Tan rico es el “concepto” de la Palabra en el Nuevo Testamento, que éste necesita más de treinta vocablos para designar su realidad: decir, hablar, presentar, explicar, enseñar, proclamar,

⁶⁰ P. ROGUET, *La Présence du Christ dans la Parole de Dieu*, MD 82 (1965), 20.

⁶¹ *S. Concilium* 102; citamos según: *Concilio Vaticano II, constituciones, decretos, declaraciones*, Madrid 1965. Cf. *L. Gentium* I, cuyo título es: “*El Misterio de la Iglesia*”.

⁶² H. MÜHLEN, *Die Wirksamkeit des Heiligen Geistes als Ermöglichung jeglichen liturgischen Tuns*, en *Liturgie in der Gemeinde* 2, Lippstadt-Salzotten 1965, 47-48.

⁶³ C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, Madrid 1959, 549-587. G. PHILIPS, *La Iglesia y su Misterio en el C. Vaticano II*, I, Barcelona 1968, 32 y ss. Para el segundo sentido de misterio, cf. H. MÜHLEN, *o. c.*, 48 ss.: se refiere a que el misterio realizado en la liturgia debe al mismo tiempo ser recibido, es decir creído por los fieles.

⁶⁴ H. SCHLIER, *Wort Gottes*, Wurzburg 1962, *passim*. K. H. SCHELKLE, *Discipulos y Apóstoles*, Barcelona 1965, 64-91. J. N. CRESPEL, *Parole et Sacrament*, VC 83 (1967) 1-17.

anunciar, exhortar, reprender, predicar, testificar, confesar, persuadir, convencer, etc.⁶⁵. Esta Palabra juzga, condena o salva, con la seguridad con que sólo Dios puede juzgar; así cuando Pablo habla de la “palabra de vida” (*Flp* 2,6), o los Hechos de “palabra de salvación” (3,26), “palabra de gracia” (*Hch* 14,3; 20,32); palabra de reconciliación” (2 *Co* 5,18 ss.), no se refieren, solamente, a la salvación, a la vida, a la gracia y a la reconciliación dispensadas a los hombres, sino que se trata de una palabra que da, que realiza la vida, la gracia, la salvación y la reconciliación.

Por medio de la Palabra, Dios habla al hombre y actúa en él. La predicación y la lectura de la Palabra en la liturgia no son una conferencia aclaratoria sobre la esencia y la existencia de Dios, sino que por ella se produce la obra de la salvación en el hombre, o mejor, se cumple en él al cumplirse lo que es proclamado por la Palabra. Precisamente por eso el Nuevo Testamento designa la Palabra como “mensaje que un heraldo proclama” (= *querigma*), en el sentido de que el Evangelio se proclama públicamente porque su mensaje crea el mundo nuevo de la soberanía de Dios (*Gn* 1 y *Jn* 1). Esto no ha de tomarse en un sentido mágico, sino teniendo en cuenta que la Palabra no tiene poder en sí misma, sólo lo tiene porque Dios obra en y por ella. Es por eso que el Apóstol puede afirmar que en su palabra habla Dios (*I Ts* 2,13), lo que también vale para los sucesores de los Apóstoles. La *Dichajé* da testimonio de ello cuando dice:

“Hijo mío, te acordarás noche y día del que te habla la Palabra de Dios y le honrarás como al Señor. Porque donde se anuncia la majestad del Señor, allí está el Señor”⁶⁶.

La eficacia de la Palabra de Dios es independiente de los motivos que mueven al predicador a proclamarla (*Flp* 1,15-18), y de sus eventuales dotes o deficiencias, de su elocuencia o de su mutismo (cf. 1 *Co* 2,1). La Palabra se “adueña” del predicador que la debe servir como fiel administrador (*I Co* 4,1-2; *Col* 1,25).

La Sagrada Escritura no deja lugar a dudas: así como la Palabra dio origen al universo, también da origen a la nueva creación por medio de la Palabra que Dios dice en la proclamación y predicación. La Palabra que Dios proclama, nos interpela y nos juzga obrando en nosotros lo que ella anuncia.

La eficacia de la Palabra en la Tradición: La conciencia de su eficacia se mantuvo en la tradición católica; basta. aducir algunos ejemplos. Es digno de tener en cuenta que en ellos, en los textos aducidos, se recurre al paralelismo con los Sacramentos para explicar la eficacia de la Palabra.

San Agustín llama al Sacramento “verbum visibile” y a la Palabra “sacramentum audibile”⁶⁷.

San Jerónimo compara la Palabra de la Escritura a la Eucaristía, diciendo que se trata de dos alimentos ofrecidos por Dios a los hombres:

“Si la carne de Cristo es verdadera comida y su sangre verdadera bebida, tenemos en la vida presente la dicha de comer esta carne y beber esta sangre no sólo en el misterio (se entiende la Eucaristía), sino también en la lectura de los libros sagrados”⁶⁸.

Recuérdese, además, la conocida comparación que hace la Imitación de Cristo entre la mesa de la Eucaristía y la mesa de la Palabra⁶⁹. Pero también, la riquísima, si bien menos conocida,

⁶⁵ A. SCHMOLLER, *Handkonkordanz zum griechischen N. Testament*, Stuttgart, 1968, a. 1.

⁶⁶ *Didajé* 4,1; citamos según: D. RUIZ BUENO, *Padres Apostólicos*, Madrid 1950, 81.

⁶⁷ *In Ioan.* 80,3 (PL 35,1840); *Contra Faustum* 19,16 (PL 42,357); la expresión “sacramentum audibile” no se encuentra, tal cual, en Agustín (cf. PL 37,969), es una creación de G. SOHNGEN, *Symbol und Wirklichkeit im Kultmysterium*, Bonn 1940², 20.

⁶⁸ *Comm. in Eccles.* 3 (PL 23,1039 A).

teología del cardenal de Cusa sobre “la manducación espiritual”, ya que en su concepción, que retoma la de Agustín y la de la escolástica, la “comuni6n espiritual” es la comuni6n de Cristo en su Palabra, pues “no s6lo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4)⁷⁰.

Es bastante poco conocido que el Concilio de Trento insisti6 sobre la necesidad de la proclamaci6n y predicaci6n, «ya que el Pueblo de Dios necesita de quien le rompa el pan de la Palabra, para que no se cumpla lo que dice Jeremías en el *Libro de las Lamentaciones*: “Los ni6os pedían pan, pero no había quien se lo partiera”»⁷¹.

Pasemos ahora, brevemente, a la Liturgia, pues en ella tambi6n se habla y reconoce la fuerza salvífica de la Palabra.

En la Liturgia ambrosiana, antes de la lectura de la epístola, el ministro dice: “Que la doctrina apost6lica nos colme de gracia (divina)”⁷².

Y en la Liturgia romana se termina la lectura del Evangelio con: “Per evangelica dicta deleantur nostra delicta”⁷³.

En ciertos lugares⁷⁴ solía hacerse una súplica por el perd6n de los pecados tambi6n despu6s de la homilía, pues existía el convencimiento de que la Palabra tiene fuerza o eficacia de reconciliaci6n.

El pontifical romano decía en la ordenaci6n de diáconos y subdiáconos:

“Recibid la potestad de leer el Evangelio (o la epístola) en la Iglesia de Dios, tanto por los vivos como por los difuntos”⁷⁵.

Este hecho evidencia que se supone una cierta eficacia en la proclamaci6n de la Palabra, que no es una mera conmoci6n moral de los oyentes, posible para los vivos pero no para los difuntos.

Hay que reconocer lealmente que a pesar de este testimonio clarísimo de la Sagrada Escritura y de que en la tradici6n, en el magisterio y en la Liturgia nunca se apag6 del todo la certeza de la eficacia salvífica de la Palabra (es decir que produce de un modo específico gracia en el oyente) hubo en la 6poca postridentina un desarrollo unilateral, por reacci6n anti-protestante, que ponía toda la eficacia del lado del sacramento; esto se refleja (¡se reflejaba!) en la vivencia del cat6lico com6n, que no espera(ba) “gracia” alguna en la mesa de la Palabra⁷⁶, lo que caricaturizando un poco se refleja en frases frecuentemente oídas: “¿Para qu6 tanta predicaci6n, y tanto escuchar la Palabra de Dios?”. Es lo que K. Barth llamaba el “*silentium altissimum*” de la teología cat6lica en lo que se refiere a la eficacia de la Palabra⁷⁷.

⁶⁹ *Imitaci6n de Cristo* 4, 11, citada en *S. Concilium* 51 y en *Institutio generalis missalis romani*, Madrid 1969, 82, N° 8.

⁷⁰ R. HAUBST, *Das Wort als Brot*, en *Martyria, Liturgia, Diakonia*, Wurzburg 1968, 21-39, cf. 22-24.

⁷¹ Decretos del C. de Trento, sess. V. cap. II. cf. sess. XXII, cap. VII, sess. XXIV, caps. IV y VII: citados en P. BORMANN, *Der Pfeil des Wortes trifft sein Ziel*, en *Liturgie in der Gemeinde* 2, o. c., 144. Para este p6rrafo cf. W. KASPER, *Wort und Sakrament*, en *Martyria... o. c.*, 260-285.

⁷² P. BORELLA, *Il rito ambrosiano*, Brescia 1964, a. 1.

⁷³ *Missale romanum* ex D. S. C. Tridentini, Parí 1962, XLVII. En la versi6n argentina la invocaci6n recibe un car6cter individualista: “Que las palabras de este Evangelio borren mis pecados”, *Misal romano*, Buenos Aires 1971, 258.

⁷⁴ Referencia en K. H. SCHELKLE, o. c., 77.

⁷⁵ Cf. P. DE PUNIET, *Le pontifical romain I*, Lovaina 1930, 210-233, cf. 232, o. c.

⁷⁶ Cf. la objecci6n siguiente, presentada por un padre en el Vaticano II: “Clare indicetur quis sit sensus vocabuli ‘ipse’ in propositione ‘Ipse loquitur dum S. Scripturae in Ecclesia leguntur’, quia presens adest Christus in Sacrificio Missae et sub modo in Sacramentis, non vero dum S. Scripturae in Ecc. leguntur”; en *Schema Cons. S. Lit., modi, ‘sub secreto’*; Roma 1963, 26.

⁷⁷ K. BARTH, *Kirchliche Dogmatik I*, 1, Zollikon-Zürich 1932, 66.

Pero, ¡gracias a Dios!, las cosas han cambiado como lo muestra fehacientemente el Vaticano II en diversos documentos, como también en las Instrucciones que aplican dicho Concilio⁷⁸.

Para no abundar, citemos solamente la “Ordenación general del Misal Romano”:

“Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, quien anuncia el Evangelio”.

Y también:

“Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro..., sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos... Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos”⁷⁹.

Vuelve a testificarse aquí, en armonía con toda la tradición, que la lectura de la Sagrada Escritura no es un mero recuerdo de una palabra dicha, *in illo tempore*, por Cristo, sino que en ella Dios mismo nos interpela; al ser proclamada la Palabra algo especialísimo e irremplazable ocurre: Dios se dirige a nosotros hoy, esa Palabra es hoy un actuar salvífico de Dios que obra, realiza y concede gracia de un modo específico y propio⁸⁰.

Cuando se habla, en los textos citados, de la presencia de Cristo en su Palabra, no se trata, evidentemente, de una presencia vaga, inerte y simbólica, sino de una verdadera presencia, personal y activa. La Liturgia de la Palabra, en la asamblea cristiana, posee un valor sacramental propio, por eso está ligada, según antiquísima tradición, a la celebración eucarística⁸¹. Nosotros, los católicos, habíamos caído en la costumbre de hablar de “presencia real” de Cristo, cuando se trataba de la presencia eucarística, como si los otros modos de presencia fueran meras metáforas. En la quintuple presencia destacada por el Concilio, que señalábamos más arriba⁸², se trata de una presencia real, en el sentido de que ella es objetiva e independiente de las disposiciones subjetivas de cada uno. Es evidente que no se trata de una presencia unívoca en los diferentes casos, ya que sólo debemos adoración a la presencia eucarística, pero en este caso se trata de una presencia en grado sumo, que no excluye las otras⁸³.

Conclusión

Como bautizados somos miembros de la “Iglesia oyente”, de la Esposa que escucha del Esposo la Palabra de Vida; al ir escuchando vamos conociendo (en sentido bíblico) al Señor; claro que no siempre comprendemos lo que el Señor nos quiere decir y, sobre todo, no siempre recibimos la gracia que Cristo por su Espíritu nos da en su Palabra. Ello nos debe impulsar a tener la misma actitud que los discípulos, que si bien, como lo demuestran sus preguntas, no entendían mucho al Salvador, vivían pendientes de su Palabra, querían escuchar en un sentido más profundo que la mera percepción acústica (*Mt* 13,1-16), pues si no, ¿a quién iremos? sólo Él tiene palabras de Vida eterna.

Priorato Benedictino de Santa María

⁷⁸ Cf. citas del C. Vaticano II en nota 3.

⁷⁹ *Institutio generalis* 9; *S. Concilium* 7.

⁸⁰ Cf. *Institutio generalis* 34 y 35. Y P. BORMANN, *o. c.*, 136.

⁸¹ *S. Concilium* 56.

⁸² Nos referimos a la quintuple presencia señalada por *S. Concilium* 7, citada en nota 25.

⁸³ “Haec praesentia Christi (scilicet in Eucharistia) sub Speciebus ‘realis dicitur’ non per exclusionem quasi aliae reales non sint, sed per excellentiam”; PAULUS PP. VI, *Mysterium Fidei*, *AAS* 57 (1965), 764.

*Los Toldos, Prov. de Buenos Aires
Argentina*